

GUTIÉRREZ DE ALBA, JOSÉ MARÍA (1821 – 1897)

ALFA Y OMEGA

Trilogía leída (la primera parte) en el ateneo de Madrid el 15 de diciembre de 1889

PRIMERA PARTE

El canal interoceánico

Oda dedicada al Genio del ingenio, Mr. Ferdinand de Lesseps.

Comprende el Génesis de nuestro globo, según la ciencia, y los principales triunfos de la humanidad, según la historia.

Dios, el genio del hombre, que adivina,
La ciencia, el interés de las naciones,
El afán de progreso inextinguible
Que, cual buitre insaciable,
Las entrañas devora
Del nuevo Prometeo,
Buscando en lo asombroso, en lo imposible,
Saciar la inmensidad de su deseo;
Todo a la ansiosa humanidad revela
Que ha llegado la hora
De convertir en realidad palpable
Lo que el genio del hombre presentía,
Lo que el progreso humano ambicionaba,
Lo que la ciencia demostrar quería,
Lo que de Dios el dedo señalaba,
Lo que no es ya un prodigio sobrehumano:
Unir un Océano a otro Océano.

Desde el principio, el Universo entero
En la mente creadora ya existía.
Cuando a su voluntad omnipotente,
La cósmica materia obedeciendo,
Se agrupó en los espacios infinitos
Para formar el globo incandescente
Que completar debía
De la serie de mundos la armonía;

Átomo imperceptible
Ante la inmensidad de lo creado,
La esfera en que existimos
Se lanzó por el éter insondable,
Describiendo su elipse interminable.

Masa de fuego líquido, primero,
De una atmósfera inmensa circundada,
Donde en horrible confusión hervían
Sus varios elementos;
Los metales en gases convertidos,
Por la gravitación siempre impulsados
Hacia el núcleo candente,
Y siempre por el fuego rechazados;
Ocultaba en su seno
Los gérmenes fecundos
De bellas y admirables creaciones,
Que en miradas de mundos
Atestiguan de un modo peregrino
Del Supremo Hacedor la omnipotencia
Y su sabia y activa providencia.

Girando sin cesar sobre sí misma,
Y alrededor de un foco inmensurable
Su órbita recorriendo
Con una rapidez vertiginosa
Por millares de siglos,
El calor lentamente fue perdiendo;
Los metales, al núcleo descendiendo,
Formaron la corteza impenetrable,
Que en los lentos períodos sucesivos
Su débil espesor fue acrecentando
Con las materias leves y sutiles,
Que en cristalina forma
Y en número infinito
Convirtiéronse en pórfido y granito.

Los vapores acuosos,
En líquidos cristales transformados,
Ocuparon su asiento;
Y, aunque rápidamente evaporados
Por el calor violento,
Cayeron sin cesar, y su constancia
Alcanzó al fin victoria duradera,
Para cubrir con su movible manto
La extensa superficie de la esfera.

Por el frío creciente
La corteza del globo comprimida
Y a más pequeño espacio reducida,
Quebrantó sus estratos formidables;
Y haciendo gravitar su pesadumbre,
Cual vencida techumbre,
Sobre la masa líquida inflamada,
Inició las violentas explosiones
Que con voz elocuente
Hablan de aquel período sorprendente.

El fuego contenido en sus entrañas
Que a la expansión tendía,
Y lanzar pretendía
Las materias extrañas de su seno,
Rompiendo la corteza deleznable
Que su inmenso poder aprisionaba,
Estalló en espantoso cataclismo;
Y vomitando de profundo abismo
Basalto a borbotones
Y furiosos torrentes
De materias hirvientes,
Betún y azufre y encendida lava,
Levantó formidables cordilleras
De formas singulares,
Y el agua huyó para formar los mares.

Apenas descubierta
La árida, que inundada e infecunda
Permanecido había,
Los gérmenes que encierra,
Por el soplo divino fecundados,
Cobran vigor; osténtase la vida;
Y seres colosales
Del reino vegetal cubren el suelo,
Y rudos animales,
Que por vivir sostienen cruda guerra,
Pueblan los hondos mares y la tierra.

Cuando esta obra de Dios hubo adquirido
La calma y el reposo necesarios,
Mostrando en su progreso indefinido
Nuevas creaciones, desarrollos varios,
Que los tipos primeros
En forma o magnitud modificaban,

La sabia Providencia
Quiso que entre los seres,
Que el divino poder manifestaban,
Se ostentase también la inteligencia,
Capaz de comprender las maravillas
Que brotan de las manos del Eterno,
Y bendicen su nombre:
De este gran pensamiento nació el hombre.

Destello del Espíritu increado,
De nobles cualidades adornado,
El poder creador sintió en sí mismo;
Fue idea sobre idea acumulando;
Y el abismo salvando
De indecisión, de duda y de ignorancia,
En que pasó su infancia,
Halló su actividad nuevo camino
Y ancho horizonte a su ambición abierto.
Apenas en sus manos vio trocada
La piedra por acero diamantino,
Dejó la humilde choza del desierto,
La cueva abandonó del troglodita
Con sus costumbres bárbaras, cruentas,
Y edificó ciudades opulentas.

Un vestido de piel tosco y grosero
Con que el pudor ingénito cubría
Su desnudez en el albor primero,
Pronto reemplazaron
Del lino y de la seda los primores
Y la plata y el oro
Engastando soberbia pedrería.
De la orilla del Eúfrates y el Tigris
Y del remoto Oriente
La antorcha del saber alumbró el Nilo,
Donde los Faraones
Con obras colosales.
Fueron pasmo y asombro de la gente
Relámpagos de luz también brillaron
En Babilonia, en Menfis y en Corinto,
Y en Tiro y en Sidón, cuyas ruinas
Nos revelan grandezas peregrinas.

La Fenicia y la Grecia y después Roma
De la ciencia y del arte
Empuñaron el cetro poderoso,

Hasta que el Hijo humilde de Judea,
Con su doctrina santa,
Del Paganismo derrumbó el coloso,
Y dio al mundo otra forma y otra idea.

En vano el sensual politeísmo
Luchó con el naciente cristianismo:
La cruz del Nazareno vencedora
Fue la sublime aurora
De libertad y vida
Que alumbró las naciones de Occidente.
El Norte desbordado,
Con el feroz Atila por caudillo,
Traspassando los Alpes y el Pirene,
Asentó allí su poderosa planta;
Pero el godo, y el vándalo y alano
Erigieron basílicas soberbias
Al Dios de las alturas,
Con delicada y generosa mano,
Fueron de perfección rico elemento,
Y amoldaron su espíritu violento
Al amor del espíritu cristiano.

Segunda vez la Europa
Fue por extrañas gentes invadida:
Los hijos del Profeta,
Generación pujante,
Sabia, artista y poeta,
Saliendo de sus playas arenosas,
Las orillas tocó del mar de Atlante
Ocho siglos de lucha
Formaron del ibero
El carácter indómito y guerrero,
Los árabes que a España dominaron,
En Córdoba, en Granada y en Sevilla
Monumentos dejaron
Que son hoy de las artes maravilla,
Compitiendo en detalles primorosos
Con los góticos templos majestuosos.
Boabdil, último resto
Del poder musulmán ya aniquilado,
Rinde a Isabel su cetro y su corona
Y la Alhambra abandona.
El astro de Castilla
Esplendoroso brilla;
El humano saber sus alas tiende;

La brújula constante,
Señalando su rumbo al navegante,
Del no explorado mar lo enseñorea;
Las intrépidas naves lusitanas
Dirígense al Oriente,
Costeando las playas africanas
Guttemberg, de su siglo abandonado,
Eterniza la idea;
Newton, Kepler, Copérnico sorprenden
Las leyes admirables
Que la materia rigen
Y los astros espléndidos dirigen.
Vítima de su ciencia, Galileo
El movimiento de la tierra afirma,
Y con su muerte la verdad confirma.
El ibero impaciente ya no cabe
En el mundo de Plinio y Ptolomeo;
Su alta misión comprende,
Y el Non Plus Ultra desmentir pretende,

Un pobre genovés con su presencia
Irrita la ignorancia de la ciencia;
Isabel, la gran reina y gran señora,
Lee en el pensamiento de aquel hombre;
Y, para dar aliento a su esperanza,
Vende las ricas joyas que atesora,
Y a aquel sublime loco se confía.
Hincha el viento las velas
De las tres animosas carabelas,
Y, atravesando el piélago profundo,
El genio de Colón encuentra un mundo.

¿Qué buscaba Colón? Colón buscaba
A través de los mares de Occidente
El paso, que su genio adivinaba,
Para llegar hasta el remoto Oriente.
¿Soñó Colón? ¡Su sueño fue su gloria!
Con insistente y pertinaz porfía,
Las costas explorando
Del golfo de Urabá, do la elevada
Andina cordillera
Su frente humilla y su cerviz abate,
Cual si ceder quisiera al rudo embate
Con que ambos Océanos
Aniquilar pretenden la barrera,
Y darse al fin un ósculo de hermanos,

«¡Por aquí debe ser... por aquí solo,
Mil veces repetía,
O el muro que a mi frente se levanta
Se extiende, por mi mal, de polo a polo!

Y lo que el noble genio presentía,
Lo que el progreso humano ambicionaba,
Lo que la ciencia demostrar quería,
Lo que de Dios el dedo señalaba,
Estaba allí, imperfecto todavía,
Pero ¡oh poder del genio! allí, allí estaba!
Y, a pesar de su triunfo
Espléndido y brillante,
Lo que no es ya un secreto sobrehumano
Solo fue duda y misterioso arcano
Para aquel inspirado navegante.

La imponente belleza,
La majestad sublime, la grandeza
Del ancho mar del Sur, guardada estaba
Para hacer en la historia
Perpetua la memoria
De otro hombre, cuanto ilustre, infortunado,
Alma sencilla, corazón valiente,
Que a la traición de un déspota inclemente
Rindió animoso libertad y vida;
A quien la justa fama
Cubrió de eterna loa,
Y a quien la historia llama
El mártir Vasco Núñez de Balboa.

La inteligencia humana, en aquel tiempo,
De limitadas fuerzas disponía;
Pero el trabajo lento e incesante
Alcanzó nuevos triunfos cada día.
El agua, en férrea carel encerrada
Y en vapor transformada,
Potencia adquiere y sustituye al viento,
Que la lona impelía
De la velera nave,
Y en el férreo camino
El coche empuja que en espacio breve
Llega con rapidez a su destino;

La palabra transmítese en el rayo;
Taládranse los montes;

Del seno de la tierra
Saca la activa industria el combustible
Que en prodigiosa cantidad encierra;
Y el aeronauta impávido y sereno
Sobre las altas nubes se suspende,
Y como el ave los espacios hiende.

De Dios la predilecta criatura
La materia rebelde al fin domina:
Con el vapor camina;
Con el rayo conversa y aun escribe;
Con hidrógeno elévase a la altura;
Y con diáfana lente
Del sol el fuego misterioso arranca,
Las imágenes fija;
Y, los astros remotos contemplando,
Mide la luz que en ellos reverbera,
Y anuncia su distancia,
Su peso y su tamaño y su carrera.

Dueño ya de las fuerzas colosales,
Que Dios en su adorable omnipotencia
Poner quiso al servicio
De la atrevida humana inteligencia,
El hombre, por su espíritu alentado,
Emplea su poder en obras grandes
Que vivan de su audacia en testimonio.
Siempre adelante va; nada le arredra.
En el Asia, en el África, en Europa
Deja su historia traducida en piedra;
Allá eleva murallas portentosas;
Levanta allí pirámides altivas,
Monumentos drúidicos gigantes,
Cuyas moles inmensas
A una altura se ven incomprensible;
Aquí las catedrales suntuosas,
Que la idea de Dios hacen sensible;
A las olas del mar impetuosas
Opone anchas barreras;
Las corrientes enfrena de los ríos
Con diques a su fuerza inquebrantables;
Lanza soberbios puentes
Sobre los hondos valles de los montes
Y los anchos y horrísonos torrentes;
Y, el lecho perforando
Del río caudaloso,

El natural impedimento humilla,
Y pasa por debajo a la otra orilla.
Un istmo se interpone entre dos mares,
Y de Lesseps el genio poderoso
Abre cauce anchuroso;
Los mares junta; el líquido elemento
Acorta la distancia;
La vela y el vapor no se detienen...
¡Oh, sublime arrogancia!
¡Dichoso y atrevido pensamiento!
¡Gloria eterna a la Francia!
¡Inmarcesibles lauros al talento!

Entre las playas de la vieja Europa
Y las tierras lejanas
De Australia y del Oriente
Se alza el americano continente.
A un lado y otro lado inmensos mares
Brindan al hombre su anchurosa vía;
El hierro que los une
Lleva de mar a mar el amoroso
Suspiro de las olas;
Pero eso no es bastante
A saciar el afán que el mar y el hombre
Sienten por abatir esa barrera.
¡Llega, Lesseps! Al escuchar tu nombre,
Ya el Istmo se extremece;
La humanidad te espera.
Aquí nueva victoria
Nuevo laurel añadirá a tu gloria.
Todo el mundo te ayuda.
Llega, ve y vence. Llega presuroso...
Tu genio portentoso
Tornará en realidad con tu firmeza
Lo que el hombre inspirado presentía,
Lo que el progreso humano ambicionaba,
Lo que la ciencia demostrar debía,
Lo que de Dios el dedo señalaba.
Aunque las rocas fueran de diamantes
Pronto verás cumplidos tus deseos.
Ven: como ayer uniste a dos pigmeos,
Ahora vendrás a unir a dos gigantes!

Bogotá, 7 de Septiembre de 1879.

SEGUNDA PARTE

El hombre

ODA

Comprende el camino adelantado por la humanidad y el que le falta recorrer aún para merecer el nombre de imagen de Dios sobre la tierra.

Crió Dios al hombre
a su imagen y semejanza.
—Génesis, Cap.I, v. XXVII.

Entre los seres que con sabia mano,
Para ostentar su inmenso poderío,
Esparció la Divina Providencia
Sobre este globo que pretende en vano
Conocer y explicar la humana ciencia
Agitada como él en el vacío,
Unos descuellan por su forma ruda;
Otros, por su belleza o movimiento;
Otros, porque un poder continuo y lento
Su esencia cambia y sus contorno muda:
Mas todos tan perfectos y acabados,
(Ya vivan sobre la haz del duro suelo
Por su peso y su forma encadenados,
Ya habiten en los ríos o en los mares,
Ya remontando el vuelo),
Que nada en ellos falta y nada sobra
Para cumplir, sumisos auxiliares,
Su ignorada misión en la gran obra
De orden y de concierto y de armonía
Que rige la Eternal Sabiduría.

Tiene la planta, en el oculto seno
De la madre común, exuberante
Red, tupida y fibrosa,
Que, extrayendo la savia fecundante
Del pródigo terreno,
Da elementos de vida y los recibe
De quien vive para ella y de ella vive.

Brutos inconscientes
Organismos sin término destruyen,

Y a ineludibles leyes obedientes,
Y por su instinto sin cesar guiados,
Las fuerzas expansivas disminuyen
De otros seres avaros y absorbentes;
y a límites por Dios determinados
Reducen su dominio,
Del débil impidiendo el exterminio.

En la guerra incesante
De todo lo que vive y que vegeta,
Cada cuál lucha por salir triunfante;
Pero siguiendo a ciegas el camino
A que un poder oculto lo sujeta;
Y todos, por la ley de su destino,
Nacen, viven y crecen,
Y cumplido su tiempo desaparecen
Del mundo entre el revuelto torbellino,
Sin adquirir conciencia
Del principio y del fin de su existencia.

Sólo hay un ser, de origen misterioso,
Próximo al animal por su estructura,
Próximo a Dios por su alma creadora,
Que, desgarrando el velo tenebroso,
Su principio y su fin hallar procura,
y un poder superior siente y adora;
Es el Hombre, que en frágil vaso encierra
La síntesis más bella y admirable;
Que forma el lazo estrecho, inexplicable,
En que une Dios los cielos con la tierra.

Gala de la creación, no vino el hombre
A la lucha afanosa de la vida
Tan solo a derramar estéril llanto.
Vino, de Dios en nombre,
A ostentar su grandeza y a dejar
A su imperio sometida
La fuerza que le opone embravecida
Con virginal pudor Naturaleza.

Lleva el hombre en su frente
El sello del Creador Omnipotente.
Ya proceda de razas inferiores,
Ganando por su esfuerzo y su constancia
El poder que le da su inteligencia;
Ya por lejana culpa degradado

Sienta de su caída los dolores
Desde su tierna infancia,
Y con noble insistencia
Procure conquistar el bien perdido,
Entre luz y tinieblas batallando;
Tras de tanto dolor, verá cumplido
El incesante afán que lo devora,
Y de ser para siempre redimido
Llegará al fin la suspirada hora.

Desde que allá en incógnitas edades
Apareció en la escena de la vida,
Luchó en las pavorosas soledades
Con fieras de terrible acometida,
Sin más armas que piedras afiladas
O ramas desgajadas,
Franco el pecho y desnudo;
Pero, al ver ya su víctima rendida,
De su piel hizo escudo
Para arrostrar del cielo la inclemencia,
Dióle morada el hueco de una roca,
A veces disputado con violencia
Al feroz enemigo
Que encontraba en el cóncavo su abrigo.
Si el hambre le provoca,
Busca con gran trabajo el alimento;
Y no siempre lo halla,
Sin tener que empeñar con ardimiento
Sangrienta y cruelísima batalla.
Mas triunfa al cabo de la fuerza bruta,
Que del mundo el imperio
Con implacable saña le disputa;
Los más fieros o huraños
Animales esconden su guarida
Del intrincado bosque en el misterio;
Junta los más sociables en rebaños;
Forma la tribu; fija su morada;
La tierra explota por el surco herida;
De progreso en progreso caminando,
Artes e industrias crea;
Los hechos naturales observando,
Hace brotar la luz de cada idea;
De vivo resplandor su alma se inunda,
Y en pos de la verdad las ciencias funda.

¡Cuánto ya en sus conquistas ha avanzado!

La tierra, el aire, el mar a sus deseos
Se prestan obedientes;
A la luz y al calor nuevos empleos
Para su actividad han encontrado
Los esfuerzos del hombre inteligentes.
El rayo está por él esclavizado,
Y con celeridad incomprensible,
Obediente y flexible
Lleva de polo a polo el pensamiento,
Formas, calor, sonido y movimiento.

Los mundos siderales
Le aproxima la lente poderosa,
Y el cálculo atrevido le revela
La extensión de sus masas colosales
Al par que su distancia prodigiosa.
En vano luego distinguir anhela
Lo que, por muy pequeño,
Casi el dintel tocando de la nada,
Se oculta a su mirada:
Pero el cristal aplica con empeño,
La ciencia inquires; el hecho le responde;
Y cuando ya a su vista no se esconde,
Ve en todo establecida
La lucha de la muerte con la vida.

El rey de la creación ya en su camino
Obstáculos no halla.
Para alcanzar su próspero destino
¿Qué le resta? Ganar una batalla.
Triunfante de enemigos exteriores
Y teniendo en su mano
El hilo de las fuerzas portentosas
Que en la noche de tiempos anteriores
Fueron para él incomprensible arcano;
Disipadas las sombras misteriosas
Que le ocultaban la elevada cumbre
En que el humano bien alza su templo,
Sólo falta romper de la cadena
El último eslabón que lo condena
A la más vergonzosa servidumbre;
Seguir del Justo el salvador ejemplo
Y vencer y humillar con heroísmo
Al tirano implacable: el Egoísmo.

De materia y de espíritu formado,

El dominio del hombre se disputan
Uno y otro elemento:
Del vicio corruptor solicitado
Y por él dominado,
Obscurece el error su entendimiento;
El sensualismo impera;
Y cuando ya lo envuelven y ejecutan
Su obra de perdición, y nada espera,
Cae sin sentir, como la hoja
De que el árbol marchito se despoja.
En vano la virtud combate al vicio
Desde regiones al placer ajenas.
Con doradas cadenas
Sujeta el mal al hombre disoluto,
Que su alto fin y su misión olvida,
Y, buscando entre el cieno su caída,
Vuelve otra vez a convertirse en bruto.

Sólo cuando el espíritu se eleva
A las puras regiones
Donde la ciencia y la virtud alumbran
La obscura senda que a la cumbre lleva,
Y donde con su llama las pasiones
El alma extraviada no deslumbran,
Es cuando puede el hombre alzar la frente
Hacia el trono de Dios Omnipotente.

El que por ambición o por soberbia
Oprime a sus hermanos,
Y al clamor de la angustia ensordecido,
Sólo escucha la voz de su protervia,
y salpica sus manos
Con la sangre inocente del caído,
Aunque el mundo lo llame
César o Emperador, y deslumbrado
Con su pompa guerrera,
Su salvador lo aclame,
Siembre de flores su triunfal carrera
Y de invicto laurel orne su frente,
Al lucir en Oriente
El claro sol que las tinieblas rompa,
Caerá su nombre en el eterno olvido
O será por las gentes maldecido
Como sus triunfos y guerrera pompa.

En cambio, los soldados de la ciencia,

Los que con santo amor rindieron culto
Al bien y a la verdad en su conciencia,
Recibiendo tal vez grosero insulto
Del necio que sumido en la ignorancia
Fundaba en las riquezas su arrogancia;
El artista, entusiasta de lo bello,
Que por su propio genio estimulado
Dejó en sus obras el divino sello;
El que hizo de su vida el sacrificio
En pro del desgraciado;
Todo el que en beneficio
Del humano linage ha trabajado,
Su premio alcanzará. Llegará un día
En que el mundo enaltezca su memoria,
Y en íntimos altares la veneren...
Cuando tome otro rumbo nuestra historia,
La razón triunfe y la justicia impere.

.....

Mas ¿será un vano sueño esa esperanza?
¿Será sólo un deseo, un espejismo
Del náufrago que al borde del abismo
Vislumbra el puerto, pero no lo alcanza?
No. El alma humana que con raudo vuelo,
Entre el dolor luchando,
Ha logrado elevarse a tanta altura,
Su cárcel material perfeccionando,
Logrará al fin realizar su anhelo
De libertad, de gloria y de ventura;
Porque no puede Aquél que se lo inspira
Hacer de su promesa una mentira.

Pero será incompleta
Su transfiguración, hasta que roto
Caiga en pedazos el estrecho molde
Que a absurdas tradiciones lo sujeta.
Vendrá, cuando la luz la sombra ahuyente
Y la ley al abuso ponga coto;
Cuando de esas magníficas ciudades,
Focos de corrupción y de maldades,
En que a oscuras, sin aire, envilecido,
se arrastra el indigente,
Por la envidia y el odio consumido,
Huya la humedad, y en campos bellos
Levante su morada
De frutos y de flores rodeada;
Donde aire, y luz y bienestar respire,

Y del sol a los fúlgidos destellos
Halle su dicha en el trabajo honroso;
Donde justo temor nadie le inspire,
Y al entregar sus miembros al reposo,
Sepa que son sagradas su existencia,
Su honra, su libertad y su conciencia.

Cuando la autoridad tenga su asiento,
No en la fuerza, en el oro ni en la audacia,
Y solo en la virtud y en el talento
Funde la humanidad su aristocracia:
Cuando la caridad sea ejercida,
No por extraña y mercenaria mano,
Donde el nombre del mísero se olvida
Y un número ordinal lo sustituye,
Y acaso al interés se prostituye
El más precioso sentimiento humano;
Sino donde el amor y la ternura
De la madre, de la hija o de la esposa,
Con mano cariñosa
La acción del arte y de la ciencia auxilia:
Al calor del hogar y la familia.

Cuando formen legiones,
No fieros y aguerridos escuadrones
Para matar en despiadada guerra;
Sino hombres esforzados,
Al trabajo fecundo consagrados,
Para poblar la tierra
De canales y bosques y caminos,
Perforar o abatir una montaña,
Y acelerar del hombre los destinos
Abriendo contra el mal ruda campaña.

Cuando haya, en vez de cárceles, talleres;
Y espadas y fusiles y cañones,
En útiles objetos transformados,
Puedan ser aplicados
Al bien común de los humanos seres.
Cuando los buques, al cruzar los mares,
En lugar de aparatos de exterminio
Para afirmar del fuerte el predominio,
Lleven los medios de explorar el fondo;
Estudiar las bellezas singulares
De la fauna y la flora
Que oculta de su seno en lo más hondo,

Y sacar a la luz cuanto atesora
De incógnita riqueza
Con su activa labor Naturaleza.

Cuando el globo, que asciende a las alturas
Buscando su equilibrio,
No lleve desgraciadas criaturas,
Para servir a un pueblo impresionable
De estéril diversión o de ludibrio,
O espiar movimientos
De un enemigo ejército expugnable
Y burlar sus intentos;
Sino hombres de ilustrada inteligencia,
De abnegación sublime;
Héroes gloriosos cuyo aliento imprime
Sus más nobles impulsos a la ciencia.

Cuando todas las fuerzas sometidas
Al humano poder cumplan su objeto,
A evitar el cansancio dirigidas,
Y todas se utilicen
Por ingeniosos medios, de tal suerte,
Que el racional y el bruto
Su esfuerzo muscular economicen,
Y hagan rendir a la materia inerte
El debido tributo.
Cuando el más desalmado o el más fuerte
No tuerza la justicia con su veto.
Cuando el hombre, doquier del hombre amigo,
Con leyes sabias y moral severa
Derrumbe para siempre la barrera
Alzada entre el magnate y el mendigo.

Cuando queden los límites borrados
De todas las naciones,
Llene amor fraternal los corazones
Y no haya explotadores ni explotados.
Cuando el hombre, cual ser inteligente,
Ciencia y virtud y libertad posea,
Y unido el sentimiento con la idea
Todos ante el deber doblen la frente.
Cuando absortos del mundo en la armonía
Adoremos la Suma Omnipotencia,
Sin ostentar con vil hipocresía
Fuego en los labios, nieve en la conciencia.

Entonces, la materia dominada,
Y el bien con el espíritu triunfante,
El hombre, de su pena manumiso,
Gozará de la dicha ambicionada,
Y, por su propio esfuerzo conquistada,
Convertirá la Tierra en Paraíso.
Entonces será digno de su nombre,
Del mal y el bien terminará la guerra,
Y su elevado fin cumplirá el hombre,
Siendo imagen de Dios sobre la tierra.

Madrid, Mayo de 1885.

TERCERA PARTE

La luna

ODA

Comprende el término natural de nuestro planeta, según las leyes físicas, y el problema insoluble de la eternidad de la conciencia humana,

¡Cuántas noches, oh Luna, distraído,
Con los ojos clavados en tu esfera,
El movimiento rápido he seguido
De tu masa rodando en el espacio
Como inmenso topacio
Del centro de los mundos desprendido!
¡Cuántas, en delicioso arrobamiento,
Con creciente avidez te he contemplado,
Por atracción extraña subyugado,
Sin poder dominar mi pensamiento!

Al verte silenciosa
Atravesar del éter insondable
La región siempre fría y tenebrosa,
Sobre nuestras miserias reflejando
El rayo inagotable
Que el padre de la luz y la alegría,
Su amoroso desvelo demostrando,
Desde su trono ardiente nos envía,
El mismo sentimiento en mi alma brota

Que al contemplar el mísero cadáver
De un pobre ser humano
Que de otra forma de existencia ignota
Va a descubrir el pavoroso arcano.

Como en él, ya tu aliento se ha extinguido;
El fuego que en tu seno se agitaba,
Y de leves, diáfanos vapores
Tu atmósfera formaba,
Está tan apagado o escondido,
Que ya no se distinguen sus fulgores.
Tu suelo, en otro tiempo rico y bello,
Quizás de lindas flores adornado,
Por corrientes purísimas regado
Y de tu actividad mostrando el sello,
Hoy, mudo, estéril, desolado y triste,
Montón informe de materia inerte,
Al misterioso funeral asiste
Que se celebra por tu propia muerte.

No eres ya la poética hermosura,
Sensible y pudorosa,
De tierna y celestial melancolía,
Que entre la sombra obscura,
Circundada de tibios resplandores,
Amante siempre y siempre desdeñosa,
Nos pintaba con vívidos colores
Una vana y pueril mitología.
El hombre, por la lente auxiliado,
De tu antigua existencia
El profundo secreto ha penetrado:
Del fuego, en tus entrañas ya extinguido,
Ve en cráteres horrendos la violencia,
Y montes de basalto derretido,
Y anchurosos desiertos
De traquita y de lava,
Y extensos llanos de arenal cubiertos
Donde un tiempo la vida se ostentaba.

No tienes ya ni atmósfera ni ambiente,
Ni fuerzas, ni calor; huecos sombríos
Tu esqueleto perforan,
Donde los genios de la noche moran;
Y si el astro esplendente
En la arista del cráter más saliente
Su clara luz refleja

Y envía un rayo a nuestro pobre mundo,
Al resplandor semeja
Que allá, de obscura estancia en lo profundo,
Despide una mezquina candileja,
Cuando con luz medrosa
Alumbra la pupila vidriosa
Y la pálida faz de un moribundo.

Mas como nada en la creación perece,
Tú, ser petrificado,
Quizás de todo espíritu privado,
Esperas que otra vez tu vida empiece.
Y empezará cuando el vigor se acabe
De la fuerza invisible y misteriosa,
Activa y portentosa,
Que tus distintos elementos liga,
Cuya esencia y virtud sólo Dios sabe,
Como la roca truécase en arena,
Como la planta en humus se convierte,
Y el animal, en lo que llaman muerte,
De los vínculos rotos se desliga
Y se abre para todos nueva escena,
Formándose de arenas nuevas rocas
Pasando el humus a otros vegetales,
En forma de alimento,
Y volviendo, al morir, los animales
Su préstamo a la tierra, al mar y al viento,
Así también la cósmica materia,
Por fuertes atracciones agrupada,
A ineludibles leyes sometida,
Y por ellas mil veces disgregada,
Proseguirá el eterno movimiento
De esa cadena nunca interrumpida
En que luchan las fuerzas, de tal suerte,
Que va en la muerte el triunfo de la vida,
Y en la vida el anuncio de la muerte.

Tú, en tanto, alrededor de nuestra esfera,
De la que el ser acaso recibiste,
Girando sin cesar sigues tu rumbo,
Y en nuestra vida influyentes de manera
Que a tu atracción los mares se levantan,
La savia por los árboles asciende,
Los tallos en su germen se adelantan,
La atmósfera se agita,
Y tal vez nuestra sangre en las arterias,

Si tu influjo se activa o se suspende,
Con mayor rapidez se precipita.

El lento y progresivo enfriamiento
Del mísero planeta que habitamos
También alcanzará su complemento:
Y si no sobreviene un cataclismo
Que en el tiempo su término acelere
Y hunda su ser en insondable abismo,
El golpe sufrirá que a ti te hiere:
Desde el insecto al hombre,
Desde el sutil y efímero infusorio
Al cetáceo gigante,
Y desde el musgo al árbol que a las nubes
Su altiva copa eleva,
Todo de formas cambiará y de nombre;
Y cuanto el sello de la vida lleva
Encontrará su lecho mortuorio
Entre detritus ya pulverizados
De los seres que fueron
Y en la masa común se confundieron.

Cuando ya todo espire
Y en un resto de atmósfera asfixiante
Nada exista que aliente ni respire,
Capas de denso hielo.
La tierra cubrirán como un sudario;
Los gases hasta el suelo
Condensados caerán, y ya extinguida
La atracción del sistema planetario,
Y en pavesas su masa convertida,
La absorberán las fuerzas creadoras,
Y entre llamas de fuego abrasadoras,
Tomando el germen de su propia esencia,
Darán a nuevos mundos existencia.

¿Y qué habrá sido entonces
Del espíritu humano?
¿Qué del pequeño y mísero gusano
Que, de soberbia y vanidad henchido,
En mármoles y bronce
Su nombre eternizar procuró en vano?
¿Conservar podrá el alma la conciencia
Que de luz le ha servido;
Sentir embriagadoras emociones,
Y en alas de más noble y pura ciencia,

Comprender cómo lucha y por qué lucha
La materia en sus mil transformaciones,
Y contemplar las nuevas creaciones,
Como el águila altiva
En las rudas tormentas
Oye a sus pies bramar los aquilones,
Ve el choque de las olas turbulentas,
Y, despreciando el trueno, el rayo esquiva?
¿Podrá ella desde incógnitas regiones
Gozar en los contrastes, admirando
De la luz y la sombra
Las batallas violentas,
Y fijar en los mundos su pupila,
Como la fija el águila, mirando
Tras de la tempestad que no la asombra,
Y al través de una atmósfera tranquila,
Las nubes que ligeras van cruzando,
La tierra sonriente,
Serenos el mar, diáfano el ambiente?

Si ese del alma humana es el destino,
Bien hayan la amargura y los dolores
De que es la vida raudos torbellinos;
Mas si, después de tantos sinsabores,
La conciencia del hombre aniquilada
Entre las fuerzas ciegas se confunde,
Cual luz que en el espacio se difunde,
Que es como ir a perderse entre la nada...
¡No merece la pena
De seguir arrastrando esta cadena!

Madrid, Octubre de 1885.